

Pero renunciando á tomar por la fuerza á Strasburgo, resolvieron los aliados al menos sorprenderle. No lo habian conseguido con el acero, quisieron ensayar el oro. Un motin hábilmente dispuesto podia dar lo que una guerra leal habia dado, y acaso los agitadores serian mas felices que los soldados.

Por otra parte, la mitad de su obra estaba hecha. En medio de aquella gran derrota del imperio, una duda inquieta y terrible agitaba á todos los espíritus. Habia la firme creencia de que el emperador era invencible, y el emperador habia sido vencido. Era preciso pues, que le hiciesen traicion, traicion por sus generales, sus oficiales y sus soldados. ¿Por qué las tropas habian cesado de sostener la campaña? ¿Los enemigos eran veinte veces mas numerosos que ellos! ¡Bonita razon! Seguramente los gefes se entendian con los aliados.

He aqui lo que se decia en voz baja en los bivaches y en los salones, y lo que se dice muy bajo se oye muy lejos.

Mientras cada uno desconfiaba de todos, el conde Rapp recibió del gobierno real la orden de licenciar sus tropas, y enviar á cada hombre aisladamente y sin armas. Pero del sueldo de ningun modo se trataba. Se le envió ademas adjunta la orden de entregar á comisarios rusos diez mil fusiles del arsenal de Strasburgo. Júzguese de la agitacion y aun mas de la tristeza de los soldados. ¡Todos aquellos correos cambiados con los aliados, aquellas armas ocultamente trasportadas al campo del enemigo! ¡El general en gefe estaba, pues, ciertamente vendido á los austriacos! Habia, como se aseguraba, recibido de ellos dos millones por entregarles los franceses.

Rapp en tanto hacia inauditos esfuerzos por obtener del gobierno el sueldo de las tropas antes de licenciarlas, y no conseguia mas que 300,000 francos, cantidad despreciable que no se atrevia á ofrecerles á cuenta.

Entonces comenzó la sublevacion mas tranquila, el motin mas justo, el desorden mas regular, la insubordinacion mas respetuosa del mundo.

El 2 de setiembre por la mañana, el general en gefe, enfermo á la sazón, estaba en el baño. Entraron á decirle que cinco oficiales subalternos de diversos regimientos pedian permiso para hablarle á nombre de sus compañeros. Dió orden que los introdujeran.

—Mi general, dijo uno de los delegados, venimos para tener el honor de someteros una resolucion del ejército, concerniente á la orden de licenciamiento.

Y leyó:

«En nombre del ejército del Rhin, los oficiales, sargentos y soldados no obedecerán á las órdenes dadas para el licenciamiento sino con las condiciones siguientes:

«Artículo 1.º Los oficiales, sargentos y soldados no dejarán el ejército sino despues

de haber sido pagados de todo lo que se les debe.

«Art. 2.º Saldrán todos el mismo dia, llevándose armas, bagages, y cincuenta cartuchos cada uno.

«Art. 3.º.....»

El general Rapp no dejó terminar. No era mas fácil de acomodarse con sus oficiales que con los enemigos. Furioso, se lanza del baño, arranca el papel de manos del malhadado orador: ¡Condiciones á mí! ¡Ah! ¡me imponeis condiciones!...

Y los enviados tampoco le dejan acabar, y dan media vuelta y marchan á paso redoblado para dar cuenta á las tropas de la acogida poco graciosa del general en gefe.

Los sargentos y cabos en número de quinientos los esperaban gravemente en la plaza de armas. La relacion de los diputados es escuchada con calma. Luego se ve á aquellos quinientos hombres aproximarse, reunirse en grupos, cuchichear entre sí alguna cosa en voz baja. A los diez minutos se restablece el mas profundo silencio.

—Sargento Dalouzi, dice una voz.

Dalouzi, sargento del regimiento número 7.º de infanteria ligera, se adelanta. Es un hombre de treinta y cinco años, de buena fisonomia, sería é impasible, aptitud resuelta y solemne, hablar breve é imperturbable. Su boca no sonrie á menudo, su mirada no se asombra jamás.

—Sargento Dalouzi, por unanimidad de votos, sois elegido general en gefe. ¿Aceptais?

Dalouzi responde: Acepto el honor y el peligro. Vais á prometerme tres cosas: os abstendreis de todo desorden, respetareis las propiedades, protegereis las personas. Os juro por mi cabeza, que sereis pagados antes de veinte y cuatro horas.

Elévanse mil aclamaciones de júbilo. Dalouzi no pestañea. Impone silencio á los suyos con un gesto notable de dignidad, y sin embarazo, sin emocion, continúa:

—¡Mayor Garnier!

El tambor mayor del 58 sale de un grupo.

—Mayor Garnier, os nombro gefe de mi estado mayor.

¡Sargento Dupuis!

Vos llenareis las funciones de gobernador de la plaza.

¡Cabo, Simon!

Vos mandareis la primera division de infanteria.

¡Cabo Adonis!

Vos tomareis el mando de la caballeria.

En cinco minutos los regimientos tienen coronelés, los batallones y escuadrones gefes, las compañías capitanes. He aqui un estado mayor completo con galones y charreteras de estambre.

Entonces se toca generala. Infanteria, caballeria, artilleria se dirigen en buen orden y á paso redoblado á la plaza de armas. Dalouzi da á reconocer á los nuevos gefes, y designa á los diferentes cuerpos los puntos de la ciudad que deben ocupar.

Por mas aceleradamente que acudió el general Rapp, no salió de su alojamiento á la cabeza de su estado mayor, sino cuando el estado mayor rebelde estaba ya en el pleno ejercicio de sus funciones usurpadas. Y ni aun dejaron tiempo á Rapp para salir de la plaza del palacio; porque por todas las calles que desembocaban en la plaza, salian las columnas corriendo, se colocaban precipitadamente en batalla, y cruzaban las bayonetas en cuanto el general intentaba pasar. Ocho piezas de artilleria cargadas con metralla, obstruian formidablemente una de las salidas.

Decir la admiracion y el furor del conde Rapp cuando se vió de aquel modo inutilizado y aprisionado por sus propias tropas, seria seguramente difícil. Corria de un batallon á otro; pero su cólera se estrellaba contra la actitud sombría y resuelta de los soldados. Quería hablar, pero su voz era ahogada por los silbidos del pueblo, y sobre todo por las bocas de los agitadores. Se lanzó hácia un obus junto al que estaba un artillero con la mecha encendida.

—¡Miserable! ¿quieres matarme? Aplica la mecha: heme aqui á la boca.

El artillero arrojó su botafuego.

—¡Ah, general! dijo sencillamente, estaba yo en el sitio de Dantzick con vos.

No obstante, detrás de las filas inmóviles de los soldados mudos, continuaban los gritos y las provocaciones.

—Disparad... ¡hé vendido al ejército!..... Disparad, pues...

Algunos jóvenes soldados extraviados apuntaban al general. El gefe de estado mayor Garnier se dirigió á él á todo escape.

—Mi general, ¡por Dios! retiraos; no espongaís inútilmente vuestra vida. ¿Qué podriais hacer? Estamos absolutamente decididos á hacer que nos paguen... Asi volveos á palacio, y el general Guarnicion responde de todo.

—¿Quién es el general Guarnicion, si os agrada decirlo?

—Mi general, es nuestro nuevo general en gefe.

Tal era, en efecto, el nombre colectivo que acababa de adoptar ingeniosamente Dalouzi, para poner algo á cubierto su responsabilidad. Ulises habia dicho á Polifemo: Yo me llamo *Persona*. Dalouzi escedia á Ulises en toda la altura del hombre civilizado sobre el hombre primitivo. Dalouzi tenia el honor de pertenecer al siglo que debia ser el siglo del gobierno representativo y de la prensa. Estad seguros que Dalouzi hubiese respondi-

do orgullosamente al Cíclope: Yo me llamo *Todo el Mundo*.—*Persona, Todo el Mundo*: hay cinco mil años entre esas dos palabras. *Persona, Todo el Mundo*, ¿no es en el fondo lo mismo?

Rapp sabia que su ejército no estaba inclinado al enemigo, y le repugnaba ser el enemigo para él. Se retiró al palacio. Al punto mil hombres de infanteria, ocho escuadrones, y ocho piezas de artilleria le siguieron y tomaron la guardia exterior. Un batallon de granaderos fué á situarse en el patio, y se instaló guardia interior. Colocáronse sesenta centinelas de dos en dos en todas las escaleras, en todas las puertas y hasta en la de la alcoba del conde.

Por otra parte, Rapp estaba reemplazado maravillosamente: el general Guarnicion multiplicaba las órdenes como si no hubiese hecho mas que mandar toda su vida. Mandaba como un dictador; se le obedecia como á un amigo.

—Van á apoderarse del telégrafo y de la casa de moneda: levantar los puentes y nadie podrá comunicar con los puntos exteriores sin un permiso especial del gobernador de la plaza. Publicar la prohibicion, *bajo pena de la vida*, de entrar en los figones y tabernas. La misma pena contra los fautores de desórdenes, del saqueo y de la *insubordinacion*.—Se organizaron vivacs permanentes á las dos en las calles principales y en las plazas. Esto para los enemigos interiores. En cuanto á los enemigos exteriores, que se doble la linea exterior y los cuerpos de guardia de la ciudadela. Ademas, centinelas en las poternas del Mercado Viejo y del arrabal San Luis; no sé cómo el general Rapp podia abandonar estos puntos; ¡era una indiscrecion!—Comandante Adonis, haced decir al general austriaco Wolkmann que no tiene absolutamente nada que temer, y poned un destacamento á su disposicion. Es preciso ser corteses, ¡diablo!

—Vos, mayor Garnier, id con un corneta al cuartel general de los aliados, é intimadles que si respetan la tregua, la guarnicion no se propondrá á ningun acto de hostilidad; pero que si hacen la intencion de atacarnos, ó de meterse sencillamente en nuestros negocios de casa, los recibiremos poco fraternalmente.

—¡Y bien! coronel Seurhumé, ¿qué es eso? Parece que estais avergonzado.

—Perdonad, mi general, es que el fusilero Sebertre me ha llamado coronel postizo.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Con vuestro permiso, mi general, le he hecho poner los grillos.

—Perfectamente.

—Si, perfectamente; pero en el momento en que yo decia: ¡Los grillos á ese insurrecto! me encontré frente á frente con mi coronel, el otro, el antiguo, el verdadero... quien me ha dicho llanamente: ¡Miserable! ¿Seria preciso

tambien hacer le pusieran á este los grillos?  
—¡Diablo! dijo el general Guarnicion.

—¡Y bien! dijo despues de haber reflexionado, la cosa es muy sencilla: todos los generales, y todos los que tienen un mando de alguna importancia, están detenidos en su alojamiento hasta nueva orden. Cada uno de ellos será custodiado por soldados de un cuerpo distinto del suyo. Ténganse los mas minuciosos miramientos. Si algun gefe se insurrecciona, se le hará presente con suavidad que ante todo son la disciplina y la subordinacion militares, y que es deber suyo dar el ejemplo no quebrautándolas. No se obrará con rigor sino al último extremo.

A las doce del dia habiéndose tomado bien todas las medidas de policia, y la seguridad interior y exterior perfectamente asegurada, el general en gefe Guarnicion cedió su puesto á Guarnicion el administrador. Constituyó á los señores furieles en comision de viveres, y á los señores sargentos mayores en comision de impuestos. Despues llamó al inspector de revistas y al recibidor general. El primero hizo un presupuesto aproximado de las cantidades necesarias para pagar lo atrasado, el segundo presentó el estado de su haber en caja. Entonces Dalouzi convocó el consejo municipal, y con esquisita politica, suplicó al corregidor buscarse los medios de realizar los fondos necesarios para estinguir aquella deuda.

Mientras los concejales discutian en el ayuntamiento, los ciudadanos temblaban en las calles, lo cual hacia avanzar mas las cosas. Preciso es decirlo que el ejército, despues de haber ejecutado diversos movimientos, marchas y contramarchas, se habia quedado inmóvil y como petrificado en los bivacs y en los puestos. Verdaderamente era aquello terrible, para el esposo ó el padre de familia. Las tropas estaban sobre las armas, sombrías, inertes é imponentes, sin hablar, sin moverse, era esa calma magestuosa y solemne que precede á la tormenta. Los soldados se habian convertido en estatuas. En vano los comerciantes, saludando, sonriendo muy amables, les hacian las promesas mas seductoras, les insinuaban paternales preguntas; un brutal «¡largol!» los hacia dar un salto de diez pasos.

Era preciso pues, transigir á toda costa, y los buenos habitantes que no soñaban mas que en el saqueo, matanza é incendio, consintieron al fin en adelantar las cantidades necesarias.

Guarnicion, habia sido mas diestro y mas persuasivo que Rapp.

Este envió entonces á su gefe de estado mayor cerca de las autoridades, para arreglar la reparticion del empréstito. Un cabo y seis hombres condujeron á este oficial al ayuntamiento, terminó allí sus cuentas, y volvió al palacio con la misma escolta.

A la noche, la alarma de los pobres habitantes de Strasburgo se calmó algo; multi-

plizadas patrullas circulaban por todas las calles, y la ciudad habia recibido orden de iluminar, á fin de que fuese mas facil ejercer una vigilancia severa. Al mismo tiempo que los habitantes se tranquilizaban, se humanizaban los soldados, porque el general-sargento habia hecho leer en todos los puestos esta proclama:

«Todo marcha bien. Los ciudadanos abonan. Los pagos van á comenzar.

«Firmado, GUARNICION.»

Al dia siguiente, 2 de setiembre, intentaron los austriacos mezclarse en el drama para darle animacion. Primero llega á galope á la plaza de armas un cazador de á caballo. Anuncia á Dalouzi que acaban de detener tres furgones cargados de oro, que pertenecian al general Rapp, quien los hacia salir bajo la proteccion de los austriacos. Estos tres carruages, añade, han sido conducidos al Puente cubierto, y he aqui el recibo que os traigo. ¡Venganza! El general Rapp nos ha vendido al enemigo; es un traidor. Es preciso fusilar á los traidores.

—Es muy justo, respondió Dalouzi. ¡Seis hombres y un cabo!

—¡Presente! dijo el general Simon adelantándose.

—¡Y bien! ¿qué es lo que haceis, general? ¿Estais loco que olvidais vuestro grado? Enviad seis hombres y un cabo, y que fusilen inmediatamente á ese honrado espía.

Dos horas despues, individuos con uniforme y vestidos con insignias de cabo y sargento, se presentan sucesivamente en el palacio, y engañando á la guardia interior y exterior, quieren usar de violencia para introducirse en la alcoba del general. Pero son rechazados, hechos prisioneros, y conducidos á lugar seguro.

Los soldados habian puesto sitio á su general, porque su general les incomodaba; pero se harian todos matar por defender su vida, porque le respetaban y le amaban.

Al medio dia fueron á decir al general Guarnicion que por la mañana la linea enemiga habia estrechado sus acantonamientos y recibido refuerzos. La situacion se hacia cada vez mas grave, y la responsabilidad mas inmensa. Dalouzi conservó una magestuosa calma. Hizo aun reforzar la division exterior, dobló los grandes destacamentos, y esperó. El enemigo se estuvo quieto.

En tanto el empréstito se habia realizado. Los oficiales cajeros, siguiendo el orden numérico de su regimiento, fueron conducidos, bien escoltados, á casa del pagador general, y allí percibieron las cantidades necesarias para dar las pagas á su cuerpo; pero se les prescribió no efectuasen los pagos individuales hasta que todos los regimientos hubiesen percibido su haber.

Las funciones temporales del general Guarnicion tocaban á su fin; pero no permitió que se relajase en lo mas mínimo la mas rigurosa disciplina; y á las tres quiso recorrer por sí mismo la ciudad, á la cabeza de su estado mayor improvisado.

Para pintar este estado mayor, seria preciso el lápiz de Charlet. Todos estaban montados, pero Dios sabe cómo; ¡Mazepa tambien iba á caballo! Los unos alargaban las piernas en arco, y no se mantenian asi sino á fuerza de puños; los otros no iban sentados, sino tendidos. Los pantalones de muchos descubrian la rodilla, convirtiéndose en calzones cortos. Todos los rostros estaban pálidos ó encendidos, segun los temperamentos. Dalouzi, derecho, tieso, mordiéndose sus labios, conservaba su presencia imponente y su aire senatorial.

Tenia motivo para estar contento: por todas partes hallaba la tranquilidad mas completa, el orden de una colmena, el silencio de un claustro. A su paso, se batian cajas; se le hacian todos los honores debidos á un general en gefe. El bravo sargento estaba algo deslumbrado, embriagado, preciso es decirlo. Su frente estaba tranquila, pero bajo aquella frente fermentaban tumultuosos pensamientos. Habia hecho en fin, lo que el general Rapp no habia podido hacer: se habia servido poderosamente de la sedicion para arreglar la sedicion; habia vencido la tempestad con la tempestad. Ejecutó la voluntad de todo un ejército. Al menos recibian sus camaradas la débil indemnizacion de su sangre derramada y sus heridas; tendrian con qué hacer su viage y retirarse á sus hogares. Dalouzi era quien habia hecho todo esto, conteniendo al mismo tiempo con su firmeza á un enemigo dispuesto á aprovecharse de sus faltas. Ciertamente un mariscal de Francia no hubiese demostrado mas sangre fria, orden y energia. ¡Tan notable capacidad en un sargento! El gobierno lo sabia, y ¡quién sabe!...

Una música guerrera mecía aquellos sueños y llevaba el compás á aquellas ambiciosas ideas, y Dalouzi no podia decir si era Rapp quien le habia usurpado su puesto, y si no entraba él en triunfo en sus honores y dignidades legítimas.

Pero, al dia siguiente, estos últimos vestigios de la humanidad hubieran desaparecido en el alma modesta y honrada del buen sargento.

A las nueve de este dia, habiendo terminado la reparticion de los fondos, se oyó tocar generala, el ejército se reunió, retiró sus puestos, levantó el sitio del palacio, y se dirigió á la plaza de armas. Dalouzi acompañado de su estado mayor, hizo colocar las tropas en batalla, mandó el silencio con un gesto histórico, como diria San Simon, y leyó la proclama siguiente:

«Soldados del ejército del Rhin.

«El paso atrevido que acaba de darse por vuestros gefes subalternos, para obligar á que se os haga justicia y para la perfecta solvencia de vuestras pagas, los he comprometido para con las autoridades civiles y militares. En vuestra buena conducta, vuestra resignacion y excelente disciplina, esperan encontrar su salvacion: la actitud que habeis conservado hasta hoy es de ello la mas segura garantia. Ellos esperan que no la desmentireis. Soldados, los oficiales cajeros tienen en sus manos todo lo que se les debe; la guarnicion volverá á entrar en su primera plaza; los puestos continuarán hasta que el general en gefe dé las órdenes competentes. Luego que se verifique la entrada, los sargentos mayores y los cuartel-maestres irán á casa de sus respectivos oficiales pagadores, y tomarán, antes de pagar á la tropa, las órdenes de los señores coroneles, á fin de hacer la retencion á quien corresponda. La infanteria debe ser licenciada: tomará órdenes superiores; y la caballeria, no teniendo aun ninguna orden, esperará su suerte, á fin de entregar al menos, antes de marchar, caballos, armas, y todo lo que pertenece al gobierno. Y se podrá decir:

—Son franceses; han servido con honor; se han hecho pagar lo que se les debia, y se han sometido á las órdenes del rey con el bello titulo de ejército del Rhin.»

—Y ahora, añadió el general Guarnicion, haced prevenir al general Rapp que puede venir á pasar revista á su ejército.

Y el sargento Dalouzi fué á colocarse entre filas detrás de su compania.

Dos horas despues dejaron las armas en el arsenal, y todos los cuerpos fueron licenciados. Dalouzi, gefe de motin, habia incurrido en la pena capital: el ministro le dió la charretera de subteniente.

Pero como la paz amenazaba prolongarse indefinidamente, en cuanto tuvo el tiempo exigido para el retiro, el buen sargento pidió su licencia y volvió á la vida privada, no conservando de sus honores pasados mas que el titulo honorario de general.

Asi es, como se ha visto, como se le llama aun generalmente en la ciudad libre de Strasburgo.

Con esto, perfectamente satisfecho de la narracion de mi huésped, nos despedimos de él, fuimos á acostarnos, y dormimos como verdaderos alsacianos.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, estaba yo delante de la catedral de Strasburgo.

Era aquello lo mas hermoso que habia yo visto en todo mi viage. Por lo cual no intentaré describirlo, sino que invitaré sencillamente á mis lectores á que la vean, como la octava maravilla del mundo.

# ÍNDICE.

PAGS.	PAGS.		
Bruselas. . . . .	4	Marceau. . . . .	92
Waterloo. . . . .	44	San Goar. . . . .	97
Amberes. . . . .	45	El Lore-Lei. . . . .	99
Gante. . . . .	24	Mr. de Metternich y Carlo-Magno. . . . .	104
Brujas. . . . .	28	Francfort. . . . .	110
El jubileo de 850 años. . . . .	36	La calle de los Judios. . . . .	112
Fonda de Albion. . . . .	38	Escursion. . . . .	115
Lieja vista durante el almuerzo. . . . .	40	Manheim. . . . .	119
El banquete de Warfusée. . . . .	47	Karl Ludwig Sand. . . . .	123
Aix-la-Chapelle. . . . .	53	La casa de correccion. . . . .	126
Las pequeñas y las grandes reliquias. . . . .	56	La ejecucion. . . . .	130
Los dos jorobados.—El Frankenberg.— La calle de los Duendes. . . . .	58	El doctor Widemann. . . . .	134
Colonia. . . . .	64	Heidelberg. . . . .	136
La catedral. . . . .	64	Carlsruhe. . . . .	140
El padre Clemente. . . . .	66	Pedro de Stauffenberg. . . . .	144
Los siete pecados capitales. . . . .	69	Baden-Baden. . . . .	149
El Rhin. . . . .	75	Turena. . . . .	153
La Drakenfels.—Coblentza. . . . .	83	El general Guarnicion. . . . .	159



